

GALERIA CÓMICA  
 FOTOGRAFÍAS SIN RETOQUES  
 Un Acevedo de los que no se ven todos los Diaz



En el bravo *Nacional*  
 combate bizarro el mal  
 su pluma altiva y valiente,  
 y es muy blanco, muy vehemente,  
 muy flaco y muy oriental.

AÑO II  
 N.º 85  
 Octubre 13 de 1895  
 PRECIOS-SUSCRICION  
 MONTEVIDEO-DEPARTAMENTOS

Un mes	\$ 1,00
Seis meses	500
Un año	900

EXTERIOR  
 Los mismos precios en moneda equiva.  
 lente, con el aumento del franco.  
 Número corriente 30 centesimos = Número atrasado 40 centesimos

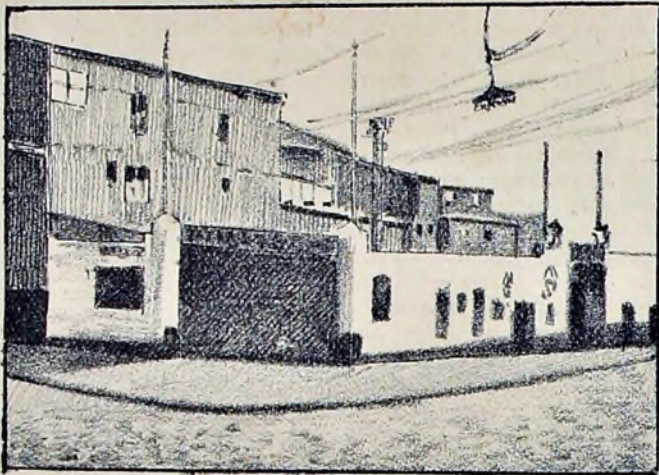
•VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS.  
 •SE PUBLICA LOS DOMINGOS.  
 Oficinas Provisorias: CALLE URUGUAY, 301  
 MONTEVIDEO.

## SUMARIO

TEXTO—«Actualidades. El Politeama fué!», por Arturo Giménez Pastor.—«Moralicemos», por S. Delgado.—«Para Ellas», por Alina Doré.—«Un cuatrero», por José A. Fontela.—«La devoción», por J. Estremera.—«Pot-pourri», por Nemo.—«Teatros», por Re-Bemol.—«Entre dos fuerzas», (continuación).

GRABADOS—Fotografías sin retoques. Un Acevedo de los que no se ven todos los días.—«Para Ellas: Retrato de la señorita de Santurio», por Aurelio Giménez.—«Impuesto, etc. é idem», por Wimplaine II.—«Teatros: Leopoldo Signoretta».—Nuevo Politeama (dos viñetas tomadas de fotografías de Chute y Brooks)—y varios intercalados en el texto por Aurelio Giménez.—«La gracia ajena: Pedagogía médica», por Filebert.

## ACTUALIDADES



## EL POLITEAMA FUÉ!

Si no fuera ya recurso tan gastado como pedantesco y no menos socorrido que rebuscado por ambiciosos de erudición barata, habría de fijo brotado de los puntos de mi pluma al empezar estas líneas, la correspondiente cita de Rioja y su famosa canción «A las ruinas de Italia».

Que aquellos primeros versos de la hermosa silva

«Estos, Fabio, ¡oh dolor! que ves ahora  
Campos de soledad, mustio collado,  
fueron un tiempo Itálica famosa,»

en razón da expresar, con alta magnificencia y noble altura las reflexiones que de primera intención, acuden al espíritu, á la vista de las ruinas de algo que vimos floreciente y activo poco antes, han llegado á ser comentario obligado y comodín complaciente en toda evocación de recuerdos sugeridos por escombros, tizones y demás testimonios de destrucción.

Sin embargo; cuando ví el Politeama reducido á cenizas, es decir, cuando ví puros carbones donde estuvo aquel alegre Politeama que tan gratos recuerdos se ha llevado al espacio envueltos en esas nubes de humo que se perdían en la noche arrasando lejos los últimos restos del teatro simpático, casi, casi acudieron á mis labios los versos de Rioja.

Es de lo más triste que he visto, la contemplación de las ruinas de un teatro. ¡Van tantos recuerdos, tantas imágenes, tantas emociones nobles, tantas sensaciones agradables unidas á esos nidos de la ilusión, donde halla el alma cansada de realidad reparador descanso en el seno de la fantasía!

Por una curiosa casualidad, tratándose de mí, que consideraba al Politeama como mi teatro favorito, fui, con dos compañeros, el primero en advertir el principio de la catástrofe.

Eran las tres menos veinte de la mañana; volvíamos de cenar, hablando precisamente del teatro amigo, de las próximas temporadas, de las tres representaciones de despedida prometidas por Ciacchi; creíamos escuchar allí, aleteando alrededor de la masa oscura y pesada del Politeama, donde oímos por vez primera la divina «Manon», notas de aquel gran canto de amor que estalla entusiasta en los violines envolviendo en una oleada de vibrantes sordos de la cuerda el abrazo delirante que vió el claustro de San Sulpicio,—cuando un reflejo rojizo, bamboleante, denunciando ese temblor blando y agitado de la llama, hizo decir á uno de los compañeros:

—Aún hay luz adentro.

—No, dijo el otro; parece fuego...

Seguimos los tres en silencio, mirando aquel reflejo extraño, de llameo inquieto, que una ventana oculta proyectaba sobre la pared de zinc, cuando al llegar á la esquina de Queguay y Colonia el viento levantó, allá arriba, en el techo, junto al farolillo de la cúspide una ráfaga de chispas rojas, arrojando al espacio negro un puñado de olin incen-

diado que se esparció desvaneciéndose en la noche. —¡Se incendia!—¡Es fuego! exclamamos á una, gritándolo al guardia civil que ¡cosa increíble! no lo había advertido, allí, á sus espaldas!

Apenas tuvimos tiempo y voz para decirlo.

Tras el chispeo, de pronto, bruscamente, con estampido sordo de gas oprimido que se abre paso, rompió el zinc un penacho de llamas que se desmenuzó en el aire lengüeteando inquieto; tras de él el humo se precipitó por aquella salida girando rápidamente sus pequeños lóbulos muy blancos, como codeándose y revolviéndose en el apresuramiento loco de la fuga.

Mientras tanto la llamada de auxilio, entrecortada, febril, corría veloz las calles solitarias contestada por el eco de cien silbatos que la lanzaban á su vez al espacio, de aquí, de allá, de lejos, de todas partes, estridentes las cercanas, casi apagadas por la distancia otras; y golpes desesperados resonaban en el portón de la esquina, tras del cual ladraba sin cesar el perro, y en la puerta de Crodera, á la media cuadra.

Nosotros permanecíamos allí, al frente, solos aún, mirando con la rabia de la impotencia, nerviosos, entristecidos, la llamarada que flameaba allá arriba, ya francamente, tremolando su manto de fuego como bandera de destrucción plantada en la cumbre del edificio conquistado.

Cuando empezaron á llegar algunos guardias civiles jadeantes, derrengados, hablando con voz fatigosa de teléfono y de bomberos, el calor era tan fuerte que decidimos ver el incendio desde la azotea de mi casa, que domina bien toda la manzana del teatro.

Tras de nosotros los golpes repetidos, febricitantes, se multiplicaban en las puertas de los vecinos, dando la voz de alarma con las pitadas de los guardias civiles, siempre resonando rápidas y entrecortadas, y el galopar de los caballos de los oficiales de policía.

Cuando llegamos á la azotea ya una claridad rojiza bañaba todas las casas cercanas, y la de Jackson, en la calle 18 de Julio, reflejaba en sus torrecillas dormidas, silenciosas, el bailoteo de las llamas, proyectando tras de las cornisas sombras inquietas que se expandían y acurrucaban siguiendo las oscilaciones de la hoguera.

En el techo del teatro una inmensa llamarada avanzaba crujiendo como si mordiera el zinc, y sobre ella grandes cúmulos rosados se elevaban magestuosos en la oscura atmósfera tranquila, rodando pesada y lentamente unos sobre otros, al rozar sus grandes lomos redondeados, con suave mansedumbre de gigantes mimosos que se acarician. Y así rodando en silencio se elevaban sobre el fuego triunfante que les arrojaba, al despedirlos, puñados de chispas, y seguían pesados y silenciosos su marcha hacia el noroeste espolvoreados de oro sus inmensos senos blancos que el reflejo sonrosaba.

Ya el fuego había devorado casi todo el techo. Seguía oyéndose la llamada de auxilio repetida por los ecos lejanos, el galope apresurado de los caballos de los oficiales de policía, y á ratos un clamoreo confuso, voces de hombres y mujeres que abandonaban en tropel sus casas amenazadas por el fuego, confundidos en un solo movimiento de zozobra pavorosa que les impelía fuera con el aguijón del instinto.

En tanto las siluetas negras de los bomberos, que parecían hechos de carbón, corrían de un lado á otro destacándose enérgicamente los contornos sobre aquella aurora rojo-amarillenta que invadía la sombra bañando la calle con destellos vivísimos de gigantesca antorcha.

Ya era tarde para luchar. Todo el techo ardía y las llamaradas se lanzaban al espacio semeando lenguas ardientes que quisieran lamer el cielo, saltaban, se entrecruzaban desfilándose, oscilando locas en el delirio de la destrucción, enredándose encarnizadas, tremantes las puntas, ó corriendo juguetonas al recogerse, estirarse y huírse unas de otras, como niños retozones, sobre un inmenso mar de fuego deslumbrante como oro en fusión que ondeaba echando al aire caldeado su sordo bramido de coloso triunfante, mientras los pesados cúmulos de blanquísimo humo seguían rodando silenciosos en el espacio tranquilo de la noche, tachonados sus enormes vientres luminosos de mil estrellas de oro que se desgranaban lejos, como lluvia de flores deslumbrantes que derramara sobre la tierra dormida aquel gran entusiasmo del fuego rey.

El calor se hacía insoportable á dos cuadras de distancia; vahos de horno colosal, ráfagas sofocantes, ondas cálidas venían á derramar pesado bochorno en el rostro; en las aceras de enfrente del teatro aquel calor infernal de fragua de cíclopes calentaba las paredes hasta hacerlas humear; la pintura se ampollaba descascarándose rápidamente. Ahora ya bailaba sobre toda la ciudad aquel reflejo siniestro de incendio, y en las azoteas cercanas cuyas balaustradas se recortaban rudamente sobre el fondo vivísimo de la hoguera aparecían muchachas

abrochándose el corpiño, con el cabello recogido por medio de una cinta, como quiera, en el apresuramiento del repentino despertar.

Por contraste, más allá de aquella áscua inmensa el cielo se veía de un color azul oscurísimo, profundo, hermoso como nunca, y las lucecitas de los faroles de las calles parecían extraordinariamente pálidas, casi verdosas, como si hubieran palidecido, puéstose lívidas ante lo imponente y grandioso de la catástrofe.

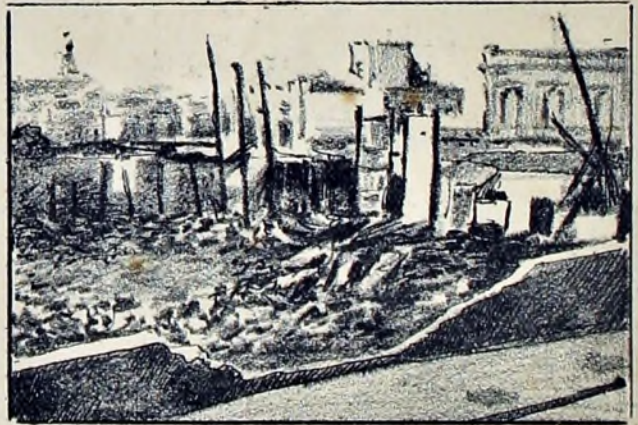
Finalmente se empezaron á abrir las paredes de zinc, dejando ver el interior, tod... una inmensa brasa deslumbrante que chispeaba rabiosa, cruzada á ratos por vahos fuliginosos y vapores verdes, vivísimos, productos de descomposición del metal sublimado. A ratos se entreabría la llama mostrando un instante las vigas del armazón llenas de lucecitas blancas, titilantes, como líneas de construcción de un castillo de fuegos artificiales; las planchas de zinc, reblandecidas, se inclinaban lentamente se doblegaban con la inmensa humildad de los vencidos y concluían por desprenderse; otras, sujetas aún por la parte superior empezaban á columpiarse majestuosamente impelidas por el aire caldeado, y caían por fin retorciéndose sobre las demás hacinadas á los costados de la hoguera.

Desde hacía rato funcionaban las bombas, pero apenas se advertía; no bien el agua salía de la manguera, desmenuzándose al chocar contra las aristas, nubes de vapor blanquísimo, luminoso, se elevaban denunciando la evaporación instantánea.

El techo se derrumbó por fin sin estruendo, vencido en silencio, y entonces quedó aquello convertido en un inmenso brasero, humeante, lleno de la orija del fuego; de pronto, escupidas de luz blanca, gases incendiados que rompián su prisión, cruzaban aquella áscua inmensa; las banderas, que aún permanecían anunciando fiesta, cayeron, flácidas, humilladas, al primer lambetazo de las llamas, y un chorro de agua salvó las astas que empezaban á quemarse alegremente, llenas de lucecitas pálidas escalonadas, como fuegos de artificio.

Por último todo el lado que mira á la calle Queguay se vino abajo con estrépito, levantando al espacio una tromba de chispas; y fué el final. Después siguió el fuego devorando en silencio su presa vencida, ensañado con los despojos, bañando en llamas todo el local al esparcirse con orgullo de conquistador altivo.

Ya el humo era escaso, y á lo lejos, cerca de la bahía callada, inmóvil su agua mansa en que rielaba la luna, se perdían las últimas volutas, los últimos jirones de aquellas nubes de humo, de aquellos cúmulos blancos que rodaran pesadamente en el espacio durante una hora, rozando con mimo sus redondeadas espaldas de gigantes y sus inmensos senos tachonados de estrellas de fuego, que en un brillante desgrane de chispas habían dejado caer todo lo que quedaba del Nuevo Politeama, sobre la ciudad dormida.



Al día siguiente estuve á ver las ruinas.

Un montón de carbones mojados ocupaba el lugar en que la belleza y el lujo habían reinado, brillantes y felices, con su corte de sonrisas y miradas, en las grandes noches de *Manon*, de *Cavalleria Rusticana*, de *Las Vísperas*, de *Mefistófeles*, de *I Pagliacci*; y de aquel recinto en que vibraran los divinos gorjeos de la *Tetrazzini*, los apasionados cantos de De Lucía, suaves como el aura, los acentos candentes de la Gabbi, las notas de cristal de Ghilardini, las frases de la suave Di Lorenzo... toda, toda esa historia brillantísima del teatro perdido; de aquel recinto que encerró todo este mundo de grandes bellezas y grandes recuerdos, solo quedan unos cuantos palos hechos carbón que se elevan al cielo como brazos descarnados que piden auxilio.

Y si triste me pareció esto bañado por la claridad gloriosa de un día radiante, todo luz y azul, me apareció lúgubre á la noche, cuando, de vuelta á casa, distraído, lo evocó ante mí la luna resbalando su claridad fría sobre los tizones húmedos y los altos palos descarnados, siempre levantándose al cielo en aquel ademán de desesperación impotente.

Me detuve un momento. Todo un océano de recuerdos de otras noches hermosas pasadas entre aquellas paredes de zinc invadió mi mente, y comprendí á Helena exclamando, sombría y turbada, ante la visión de la fúnebre noche de Ilión:

*Alto silenzio regna poscia dove fu Troja!*

ARTURO GIMÉNEZ PASTOR.



De fotografía Fitz-Patrick

Moralicemos

Hablando en el café ayer de la corrupción moral que ha empezado á padecer la generación actual,

disertamos largamente lamentándonos á coro tres amigos (buena gente, con tres corazones de oro), y convinimos los tres en que, por compensación, forzosamente despues vendria la reacción,

y esa turba descreída que tantos daños ha hecho se pasaría la vida dándose golpes de pecho.

Gil dijo:—Pues sí, señor; con esta inmoralidad me saben mucho mejor las obras de caridad.—

Como Gil no tiene nada de moral, ni lo ha de ser, soltamos la carcajada sin podernos contener.

—¡Hombre! ¿Tú caritativo! ¡Es mentira!

—¡Como un templo!

No se rian; lo prohibo.

—Venga un ejemplo.

—¡Un ejemplo!

—Bueno, pues es el asunto que yo sé de un matrimonio que mientras estuvo junto vivía dado al demonio.

Tanto, que se procuró poner un remedio al mal y, á los dos meses, tiró por su lado cada cual.

En fin, la cuestión eterna, porque desgraciadamente en la sociedad moderna es el caso muy frecuente.

Ya lo veis: dos desgraciados en la edad de los amores dispuestos y preparados á toda clase de horrores.

Yo, que ví la situación como otros muchos la ven y sentí en el corazón deseo de hacer el bien,

aunque el mérito es pequeño sin pasarme á meditar lo tomé con tal empeño, que no os podeis figurar lo mucho que he trabajado para unir á esos dos seres que se habian separado por cuestión de caracteres

—¿Y lo has conseguido?—¡Bah! esta mañana á las diez se dieron la mano, y ya viven juntos otra vez

y desde hoy mismo recobra sus derechos Himeneo.... ¡Vamos! ¿No es esta una obra meritoria?

—¡Ya lo creo!

—Y de tí no la esperaba! Pero ¿por dónde demonio has sabido tú que estaba separado el matrimonio?

—¡Toma! como que he vivido, como quien dice, hasta ayer con....

—Vamos, con el marido

—No, hombre, no; con la mujer.

S. DELGADO.



—Anda, mujer; á ver si me pegas estos botones en el frac y me coses el forro... Estoy invitado á una comida esta misma noche.

—¿Qué, qué dices?—contestó su mujer malhumorada.—Ya sabes tú que yo no me ocupo de eso. ¿Para qué son los sastres? ¡Estaría bueno!

Y nerviosa, enojadísima, Mariana dejó á su marido perplejo y con el frac en la mano

¿Qué haría?

Vaya; no había remedio: tendría que quedarse en casa. La verdad, esto no le contrariaba mucho, pues ahora recordaba que en la comida habría indudablemente discursitos... y él, con toda franqueza sea dicho, no era nada fuerte en asuntos de oratoria.

No obstante, resolvió vengarse de su mujer.

Al día siguiente mandó el frac á su sastre á fin de corregir los desperfectos que su mujer se negase rotundamente emprender.

Interiormente, el marido ya gozaba con el mal rato que hacía pasar á Mariana. Aunque era un buen esposo, gustábale hacer sentir á su mujer la influencia de su poder marital, sea en tono de broma ó de veras.

Llegó por fin el día. Era un domingo. Después de una hermosísima tarde de invierno, llegó la noche, y con ella un deseo demasiado frecuente en Mariana: el de ir al teatro. Su marido, aun cuando era un 25 de Agosto, no se negó á llevarla á la representación. Daban *Otello* aquella noche.

Desde las tres de la tarde, Mariana se encerró en su tocador. Quería mostrarse en aquella fiesta de gala lo más hermosa posible, realzando su natural belleza con todo género de *toilettes* y refinamientos imposibles de artista consumada en la ciencia de tapar y cubrir los añitos con baños de polvos de arroz y *pases* de suavísimo carmin.

Cenaron á las cinco, porque era necesario ganar tiempo para estar listos á las ocho y media de la noche, hora en que comenzaba la representación.

¡Dios, y cuántas veces se miró aquella noche al espejo Mariana!

Su marido, sentado tranquilamente en un diván, la miraba ir y venir en aquella inacabable tarea de tocador, sonriendo enigmáticamente. Aunque está mal el decirlo, Mariana sudaba de tanto moverse de un lado á otro. De pronto dió un grito: había oído dar las ocho y media en el reloj de la Catedral; y volviéndose hácia su marido, exclamó enfadada:

—¡Cómo! ¿Y qué? ¿Así tan tranquilo?

Ponte el frac.

Su marido echó la cabeza hácia atrás y contestó con la mayor tranquilidad del mundo:

—Hija, no es posible; como tú no quisiste componérmelo, lo he mandado al sastre y hasta mañana no estará pronto. Como no podemos ir al teatro, ¿no te parece bien que vayamos á ver los farolitos de las calles?

ALINA DORÉ.



Érase una vez un estanciero, muy rico, muy malo y muy poderoso; baste saber que era comandante, cuando los jefes, si bien costaban mucho menos á la Nación, compraban caros los galones. ¿Los galones, dije?

—¡Ay, que engaño! entónces no usaban galones sino cicatrices; ni arrastraban coche, al contrario: en cuanto soplabá viento de revuelta—y soplabá á menudo—ya los tenía usted á caballo juntando gente, teniendo por carpa el cielo, aguantando el hambre cuando era necesario, consolando la tripa con yerba de matar bichos, que no siempre daban lo mejor de auxilio, ni había en aquel entonces buitres (lea usted proveedores, si gusta).

En la paz, coroneles ó comandantes al fin, conservaban sus fueros y no tenían gran empacho en dar pasaportes para el otro mundo ellos, ó en proteger á quienes por cualquier causa los daban sin autorización legal, por qué, como ellos decían, todo el que daba muerte á otro ó á otros, madrugándolos ó de otra suerte, probaba su buena disposición, y estando amparado por un jefe ¿Cómo no había de hacerse matar por éste?

Se engañaban fiero en este punto—¡Ay! si el finadito Cames viviera! ¡Cómo me lo haría bueno! Vol-



JOSÉ MARÍA  
 —Vamos, suelta, suelta todo.  
 EL PUEBLO  
 —Pero si no puedo más!  
 JUAN (á José María)



JOSÉ MARÍA  
 —Falta hace, y la has de soltar  
 MONSIEUR  
 —Eh... *Ce n'est pas comme en France, mais... nous sommes uruguayennes.*  
 —Si sigues  
 —Más impuestos!

Wamplano II

viendo al cuento, érase, digo, el comandante Calancha, un estanciero rico, no tanto por su patrimonio, reducido á dos suertes de estancia y unos dos mil animales vacunos, como por la buena administración de sus caudales y su vida moderada. En una palabra: su riqueza estaba en no gastar cada año sino la mitad ó menos de las ganancias del anterior ¡Calcule usted si con estas reservas le llegaría á faltar yesca en los apuros!

Su campo, cercado de monte por dos lados, tenía en la parte media algunas quebradas pedregosas. Frente á éstas y río por medio, vivía ¿quién, crearán ustedes?

—Pues, Urdimales, tipo guasón, menudo de cuerpo, con más ardiles que zorro viejo y más quiebro que gato montés. Es fama que solo tenía veinte vacas y una tropilla, en su suerte de chacra, donde dejaba crecer los yerguares y sembraba algunas matas de maíz, las indispensables para demandar, de vez en cuando, á los vecinos, y cobrarles algunos reales por perjuicios en sus sembrados, causados por animales dañinos.

¿Cómo se hacía que Urdimales con tan pobre caudal tuviera siempre sebo para alimentar el fuego, guascas á granel y carne gorda para él, su familia y los parientes y amigos que á seguido venían á truequear á su rancho?

El comandante Calancha había dejado de vivir tranquilo hacía mucho tiempo.

También no eran para menos los sucesos. Cuando recorriendo el rodeo le llamaba la atención una vaquillona gorda, entre las muchas de su hacienda, era cosa segura que antes de ocho días se la tragaría la tierra, sin que obstase en lo más mínimo á su desaparición, el que el bravo comandante Calancha se pasase todo el día ó gran parte de él en la azotea, con el ojo, auxiliado por un antejo de larga vista, fijo en la pieza predestinada. ¡Aquellas quebradas eran su tormento!

Para vigilar mejor mandó levantar una pieza sobre la azotea. . . . Las mejores vaquillonas se hacían humo lo mismo.

Invasió con su gente, á deshoras, el rancho de Urdimales. . . . y solo pudo convencerse de que había abundancia de maneadores, torzales, sobeos, lonjas, sogas, coronas de corto y brillante y renegrido pelo. Buscó en ellas el rastro de su marca. . . . ¡Bah! no parecía sino que fueran orejanos los animales de donde las habían sacado. Hasta botas tenía á pares Urdimales: unas peludas, otras á medio sobar, ó en el período del descarnar.

En fin: allí en estas sorpresas encontraba ño Calancha, como con respetuosa dulzura mezclada de guasa le llamaba Urdimales, todos los indicios de una carneada, incluso la carne gorda y mucha; pero nada más que indicios; en cuanto á pruebas ¡de ande yerba!

—¿De ande sacaste este costillar? le preguntó una vez con reconcentrada ira el comandante; es fresco y vos no has carneado.

—Pero, ño Calancha ¿de ande quiere que carnee un pobre como yo? Ayer carneó mi compadre Melitón, y como le hago siempre algunos trabajitos, y además no se conserva mucho la carne en este tiempo, me armó para unos días; pero yo veo, ño Calancha, que usted desconfía de mí ¡de este infeliz, tan luego! ¡Como si yo no supiera quien es usted! . . . antes le carnearía al diablo. . . .

El comandante le echó otro piso á su azotea y desde el mirador, que dominaba casi todo su campo, siguió espionando á Urdimales.

Una tarde de verano, á la hora de la siesta, el comandante divisó desde el mirador, con el auxilio del antejo, el caballo moro de Urdimales, aquel moro chiquito, complemento del guasón, perfectamente ensillado; vió pendiente á los tientos el trenzado semioculto por el coginillo del lado de enlazar.

Al verlo á esa hora atado de una rienda á la punta de la solera de aquel rancho donde se albergaba su pesadilla. . . . La sangre del comandante que no habían podido caldear los rayos del sol ardiente cayendo casi á plomo sobre él durante una hora, le afluyó á la cabeza y le hizo exclamar lleno de ira: —¡Urdimales me prepara una pegada! y, sin darse cuenta de ello, tendió la vista por el borde de la loma, tras la cual, en la hondonada, estaba el campo de las proezas de Urdimales.

En ese momento una punta de tambeas se dirigía al arroyo para llegar al cual debía recorrer á lo largo la quebrada.

Observó con detención, y su poder visual que la educación perfecciona en el hombre de campo haciéndole conocer animales á distancias inconcebibles para los habitantes de poblado, auxiliado por el antejo, le permitió descubrir entre los animales de la punta, una vaquilloncita yaguané de dos años y medio cuyo estado de gordura le hacía notar entre las demás. . . .

Dirigió entonces el antejo al lado opuesto, al

rancho de Urdimales. . . . El moro no estaba allí.

Inmediatamente, aguijoneado por el deseo de sorprender al cuatrero en el acto mismo del pecado, bajó á saltos las escaleras, ciñóse la canana de la cual pendían dos largas pistolas de dos tiros y sin enfrenar, saltó en el tordillo que tenía atado del cabestro bajo la enramada, el cual, asustado ante tan extraño apresuramiento de su amo, sirvió á su impaciencia, arrojando con los patas traseras al arrancar, los terrones á larga distancia.

Al llegar al pedregal bajó el comandante, maneó el tordillo con la punta del cabestro y enderezó á pié á unas altas rocas desde las cuales se divisaba perfectamente la hondonada, y entre las matas de coronillas del campo, yerba de la cruz y raquíticos molles de las grietas, acomodóse para observar tranquilamente toda la extensión requerida.

Apenas había encontrado el acomodo necesario para observar atentamente, tendió la vista por el bajo: las tambeas venían con tranquilo paso bajando á la aguada y al frente, en tercer ó cuarto lugar, la yaguané. . . .

—Esta vez no te me escapás cuatrero infame. . . . dijo en alta voz Calancha y al mismo tiempo alargando el cuerpo para ver por entre las rígidas hojas de la escasa vegetación del pedregal, miró hácia la parte opuesta, hácia el rancho de Urdimales que asomaba el caballete por encima de la selva que bordeaba el arroyo.

En esta posición estaba el comandante, escudriñando con avidez todo el valle, cuando sintió que á su espalda

—Buenas tardes, ño Calancha, ¿qué diablo está haciendo ahí? quedóse á pié? le decía Urdimales con su voz meliflua, en la cual no podía decirse si era la guasa ó humildad el tono dominante.

Jamás hombre alguno perdió más feamente los estribos que el comandante al dar vuelta sorprendido y tropezar con la mirada de Urdimales bañándolo en un mar de burla.

Los tres pisos de su azotea, su vicheo incesante, sus mejores vaquillonas desaparecidas y su derrota actual, cruzaron ante sus ojos como un cuadro enloquecedor; y, presa del vértigo, olvidó su posición, dejó sus asideros y echó mano á una pistola gritando al mismo tiempo con indecible rabia.

—¡Hij. . . . . No pudo decir más. . . . falto de amarras, rodó por la hendidura arañándose al rodar; y apenas pudo afirmarse sobre las rodillas y echar de nuevo mano á la pistola, Urdimales, soltando una estrepitosa y alegre carcajada, cerrándole á la vez piernas al moro, le gritó:

—Pero ño Calancha ¿qué va usted á hacer?—¿no vé que yo no tengo la culpa!

Cuando al día siguiente el Comandante fué á recorrer el rodeo la yaguaré no estaba.

JOSÉ A. FONTELA



## La devoción

I

Desde su más tierna edad fué la madre de Carlota la cristiana más devota de toda la cristiandad.

Y para salvarse y para hallar en todo consuelo, no había santo en el cielo á quien ella no rezara.

Tuvo por preocupación eterna, constante y fija hacer que fuera su hija de su misma condición.

Y la muchacha, al llegar á los diez y seis abriles, ya los juegos infantiles olvidaba por rezar.

Y con un gozo infinito la sorprendió muchas veces la madre alzando sus preces á San Antonio bendito.

—Bien, hija, eres un modelo, la buena madre decía; ya sé que tú, vida mía, tienes que ganar el cielo.

II

Á su madre una mañana dijo Carlota:—¿Qué tal le parece á usted Pascual, el hijo de Sebastiana?

—Muy bien: como él no habrá dos;

es un muchacho modoso, recogido, religioso y temeroso de Dios.

—Igual me parece á mi, y por eso el otro día me dijo si le quería, y yo le dije que sí.

—Puesto que eso hoy ó mañana tenía que suceder. . . . bien; con Pascual podrás ser esposa y buena cristiana.

Y Carlota ¡es natural! al saber tal opinión, tiene gran satisfacción en ser novia de Pascual.

III

Pero, con honda tristeza, la madre hace tiempo nota que la picara Carlota, con el noviazgo, no reza,

—Hija, ¿te vence el demonio? le dijo. Porque he notado que ya tienes olvidado al bendito San Antonio.

Con rubor en el semblante contestó:—Nó, madre mía; yo á San Antonio pedía que me diese un tierno amante.

—¡Y ya no le rezarás!

—¡Y me lo dices así!

—Si me dió lo que pedí, ¿para qué cansarle más?.

JOSÉ ESTREMERÁ.



Pues esta semana, ¡extraño suceso! los pobres señores de nuestro Gobierno, (mentira parece), no han ido á paseos, ni á viajes cortitos, ni á cena ni á almuerzo, ni han tenido fiestas ni asado con cuero. Dios santo ¿qué ocurre? Señor, ¿qué será esto? estoy alarmado; ni sé lo que pienso ¿Para eso pagamos puntuales los sueldos? ¡Caramba, lectores, que se van volviendo de sobra haraganes y en dijirir lentos los buenos señores de nuestro Gobierno!

Dice La Prensa:

«Ayer en una tienda situada en la calle Canelones esquina de Daimán, titulada «La Gran Vía» acometióle un síncope á una distinguida señorita de nuestra sociedad.

El dueño de la casa hizo conducir la enferma á la comisaría, en medio de un crecido número de curiosos, atraídos por el estado en que se encontraban las ropas de la paciente, en sí algo indecorosas y que permitían descubrir hechizos que debieran permanecer ocultos.»

Bárbaro el dueño ese de «La Gran Vía» ¿eh?

Mas el caso tiene enmienda; yo, á poderlo, cambiaría el título de la tienda, y en vez de «de La Gran Vía», por ser fiel á la verdad

á la tienda le pondría:  
«de la Gran Barbaridad».

Hemos recibido un lindísimo *schottish* que acaba de editar don Luis Esteve, titulado *Idolo mio* y compuesto por don Ernesto Zoboli.

Lo recomendamos á ustedes porque es muy bonito.

Miren ustedes; como yo les dé una pequeña idea... se compran la edición.

Mas ó menos es así; fijense:

Lari, larí, lará, lará, larí lará, pam, pam... ¿Eh?

—¿En qué se parece Don Julio el Grande y Obes á los perros rabiosos?

—En que es aficionado á las pantorrillas.

De herencias hablando un día, de «tíos en Indias» y diversas cosas así nos decía Luis García.

—Yo de mi padre heredé mas fué mi suerte enemiga.

—¡Caramba! ¿Y qué heredó usted?

—Un cáncer en la barriga.

Que se van á sancionar nuevos impuestos.

¡Es el colmo!

Cualquier día salen los ediles, en busca de recursos (que faltan ya saben ustedes por qué) creando impuestos sobre el uso del cabello fuera de los límites naturales, y se arruinan todos los peludos con don Luis Eduardo Pérez y Sambucetti á la cabeza.

Uno de los nuevos impuestos á crearse reza con los toldos en las calles.

Y el bárbaro de Diógenes el can que pedía por toda gracia á Alejandro que no le quitara el sol!

A vivir en el Uruguay bajo el poder de Poncio Vilaza y Compañía, habría tenido que pagar porque se lo quitaran!

Decididamente este verano tendrán las casas de comercio que ingeniarse para que se marche el sol á dar un paseito por otros pagos.

Por lo que á mí toca, en cuanto se les ocurra a los ediles poner impuesto sobre la ropa en mal uso, compro una hoja de parra.

Y la verdad que, á estar á los comienzos, de fijo pronto se *impuestará* el uso de las funciones de respiración, con rebaja para los asmáticos, que respiran mal, y aumento para los guardias civiles, que se lo pasan respirando el aire municipal todo el día y toda la noche.

Eso sí, en cuanto don Francisco Fernández oiga leer un folletín de esos en que dicen los protagonistas siguiendo el diálogo:

—¿Vive aún?

—Vive.

—¡Ah! Respiro!

«¡Que pague el impuesto!» va á gritar distraído.

Dando al caso alta importancia dice *El Nacional* el sábado que en la reunión de señoras que forman el Patronato, pasó Brian entre polleras, de secretario actuando.

¿Brian entre ellas? Digan luego que la mujer teme al diablo!

El *Almanaque Uruguayo*, que hemos recibido anteayer es tan interesante, que, vamos; no resisto al deseo de recomendarlo á ustedes.

Miren que como útil, barato y divertido, casi como CARAS Y CARETAS!

Que es cuanto hay que decir.

En cuestión de propaganda.

—Dicen que con el incendio del Politeama se queda Crodara en la calle?

—Naturalmente; el otro socio se quedará con todo.

—¿Cómo es eso?

—¡Claro! por que una vez reducido á carbones el teatro, en vez de de Crodara y Carbone ha venido á ser de Carbone solo.

NEMO.



Y, aunque debiéramos hablar de ello (¡digo, de la seccion oficial tan luego!) no hablemos de lo del Politeama porque me dá mucha rabia que se haya quemado. A ser yo májico, lo hubiera levantado á la noche siguiente.

Miren ustedes que era simpático aquel teatro tan contrahe ho! A él podría aplicarse con exactitud rara la frase de cajón para las muchachas poco agradadas (estilo consolador): feo, pero simpático.

Vaya ¡que lo reedifiquen cuanto antes, pero bajo el mismo plan, eso sí, y con el mismo nombre; que no queremos sinó Politeama. ¡Caramba!

Y si no hay con qué, recurrir á una suscripción popular ¡qué demonios! Nadie faltará al llamado, de fijo. Yo soy capaz de dar hasta cinco reales.

Y promesa es deuda.

Conque ¡al avio, y no dormirse, voto á cien!

En Solis se han dado *Gioconda* el domingo, por segunda vez; *Los Hugonotes* el martes y *Faust* el jueves.

Signoretti cantó *Los Hugonotes*, si señores, y muy bien. Esto es natural. La romanza del 1.º acto lué deliciosa y el duo del último magnífico.



Y aquí tienen ustedes á Signoretti en esfige por si quieren decirle algo más.

La Angelini ¡figúrense ustedes! con aquellos hermosísimos agudos y robustos graves

Vecchioni todavía bien ¡pero si hasta con mejor voz que antes!

En cambio la Widmar... ya no está como antes. No... de fijo que no!

En cuanto á *Faust* diremos que el tenor Miche-

lotti tiene una voz horrible, que no canta bien, y que no sabe como moverse en las tablas. Con que...

A. GIMÉNEZ PASTOR

## ENTRE DOS FUERZAS

IX

(Continuación)

timidez, ó porque no sentían la necesidad de hacerlo, por que no había allí nada oprimido que necesitase estallar para desbordarse y sér, bastándoles con que sus miradas condujeran toda la esencia del espíritu enamorado al cruzarse como rayos de luz blanca que se funden sin chocar?

Quizá, y aquella era mejor que todas las pasiones habidas y por haber, que le hacen andar á uno hecho pedazos, se decía Mario; como él, paseando irritable su alma llena de tempestad á traves de aquel ambiente tranquilo y fresco, de amor juvenil, que le amargaba más, que le entristecía como entristece al guerrero la dulce paz.

Así todo allí le molestaba; todo le pesaba encima. Aquel goce del amor tranquilo mientras á él lo devoraba la gana de la mujer deseada; la presencia de Cora, á quien creía siempre ver burlona, retozándole la risa picaresca en la comisura de su boca contraída eternamente por el deseo de reir, y que contaba todo desde que se hiciera amiga de las Mestres.

¿Qué demonios pensaba Cora? Seguiría aún esperando su turno? Esa sí que entendía la vida.

¿No había todavía atención para ella? Pues esperar tranquilamente siempre sonriendo al porvenir; de nada valía afligirse....

—Si soy yo el único estúpido que me apasiono así, decía irritable, ya sin sentirse halagado, como antes, por aquel deseo de él que notaba en las atrevidas miradas de la muchacha.

—Eso es, murmuraba Las porquerías siempre me han de tocar. ¡Es claro!

El quería la otra, la otra, la que le miraba en menos; tenía ganas de ella, de aquellos besos ardientes que adivinaba escondidos en sus labios sensuales, incendiados por el rojo húmedo de la sangre fuerte.

Volvió el Verano con sus auras tibias y sus tardes plácidas; el verde renació con la hermosa primavera y la nueva vida bullente coloraba todo con sus matices nuevos. Y volvían con la estación los recuerdos de otras tardes cálidas, las tardes de la playa, las horas de esperanza, los deseos renovados que llegaban á rozarle la cara con aquellas ondas de frescura que enviaba el mar tranquilo invitando al baño. Pasaban ante él visiones blancas, sensaciones de cutis suavísimos recién refrescados, aleteo de voces femeninas, rizos húmedos que jugueteaban sobre nuca de nácar, toda la hermosa hora de la terraza á la caída de la tarde, del bello cuadro de dos años atrás, que resurgía en su mente escitada, haciéndole bullir la sangre joven con el poderoso hábito de vida que recorría la Naturaleza anunciando el gran momento de la resurrección.

¿Que ella no sentiría aquel vapor escitante que se elevaba de la tierra nuevamente fecundada, aquel deseo de vivir, de gozar, que embriagaba á todo lo viviente?

Y por más que, en sus momentos de rebelión contra el yugo del anhelo no satisfecho, echándose en cara su debilidad, le venían deseos de estrujarla, al verla así, tan brutalmente fría, y llegaba á hacerse la ilusión de que ya la aborrecía, decidiéndose firmemente á no ir más á rendirle aquel humillante homenaje del debil que pide amor, mostrándole que no necesitaba para nada de su amor; el caso es que su deseo de mujer le perseguía tenaz, le arrastraba allá, junto á ella. ¿Qué hacer?

—Echala á freir papas! dijo Federico tan fresco como si tal, cuando él buscando ayuda, complicidad para su flaqueza, en los amigos, puso el caso á la consideración de los de la tertulia.

Ya no se reunían en casa de Federico, como antes Pedro García, otro de los compañeros, había conseguido atraerles á su casa ofreciéndoles chocolate á cambio de la deserción. Y toda aquella juventud alegre, conviniendo en que el chocolate valía bien la pena de un cambio de local, se marchaba, desoyendo las protestas indignadas del pobre Federico que invocaba la amistad, la costumbre, las fórmulas, cuanto hay, para retenerles, por amor propio de dueño de casa, concluyendo por llamarles amigos de conveniencia, angurrientos y cuanto se le ocurría.

Ellos, riéndose tranquilamente habían acabado por convencerle de que á él tampoco le sabría mal el chocolate de Pedro, y finalmente se había resignado á beber filosóficamente, con los demás, su taza de chocolate en el extranjero.

(Continuará)

La gracia ajena

PEDAGOGÍA MÉDICA, POR FILIBERT

Receta de un maestro de escuela belga



Reúnanse diariamente á los alumnos des-  
aplicados ó revoltosos y déseles una cucha-  
rada de aceite de hígado de bacalao por  
cabeza. De este modo se les castiga robusti-  
cándoles al mismo tiempo.

**Botica Central**  
HOMOPÁTICA  
18 DE JULIO 9'53

**HOTEL CENTRAL**  
Gregorio y Pda y B  
CALLE 25 DE MAYO  
241 y 247

**EL TORO**  
MANUFACTURA  
DE TABACOS Y VAPOR  
Y FABRICA DE CIGARRILLOS  
DE SALGUEIRO

URUGUAY 288  
242

**AL Polo**  
Bamba

**CASA ESPECIAL EN CAFÉ**  
CALLE COLONIA 2, 4, 6, 8  
Dá el Polo Bamba un café de clase tan superior que beber no logra usted en el mundo otro mejor.

**STUDIO DOLOCE**  
Hnos

Calle Sarandi, 359  
Retratos modernos de busto á la romana.  
A Dolce, es ya cosa vista nadie á retratar le gana y, como es todo un artista, no hay niña que se resista á vestirse de romana.

**FOTOGRAFIA INGLESA**  
DE J. PATRICK

Fotografía de moda por la high life preferida donde retrata toda la gente más distinguida.

**EL ANTICUARIO**

Calle 18 de Julio 184  
Vende, compra y revende El Anticuario libros viejos, vulgares, nuevos, raros, y, por más que parezca extraordinario los paga bien y no los vende caros.

**STUDIO FOTOGRAFICO**  
DE CHATE & BROOKS  
Calle 25 de Mayo 300  
MONTEVIDEO  
Calle Florida 74  
BUENOS AIRES

**FALLIGARIS**  
Estudio fotografico

Hace esta fotografia retratos tan excelentes que á ella acuden á porfia las más distinguidas gentes.